



Escena de *El ángel de fuego* en Zúrich  
Foto: Monika Rittershaus

## Ópera en Suiza

### *El ángel de fuego* en Zúrich

Mayo 28. La Ópera de Zúrich suma una estupenda producción a las escasas opciones que hay en la actualidad en el mundo (Moscú, Múnich, Lyon, Berlín, Ostrava y Buenos Aires) de esta extraña e imponente obra de Serguéi Prokófiev (1891-1953). El propio compositor nunca la vio en escena, aunque la compuso en la segunda década del siglo pasado, ya que no fue estrenada sino hasta un año después de su muerte, en una versión en concierto en París, y con escena en 1955 en Venecia. Está basada en la novela del dramaturgo simbolista Valery Briúsov, y ambientada en la Alemania medieval y el complejo clima psicológico que viven sus habitantes.

El polémico director de escena **Calixto Bieito** no va por el camino de la sexualidad, y esta obra tiene un amplio pasillo por esa vereda; pero sí por el de la inestabilidad mental de la protagonista, Renata, y los deseos de quien la ama, Ruprecht. Alrededor de ellos danzan las monjas, el sacerdote, el curandero y otros personajes. Bieito traduce lo sobrenatural, marca del simbolismo, en los impactos que causan las interacciones entre todos estos personajes. Renata, desde niña, tiene visiones. Un ángel, llamado Madiel, se le aparece y la invita a llevar una vida casta y entregada a Dios. En su adolescencia, ella se enamora de él y lo desea sexualmente. Madiel desaparece en una llamarada, advirtiéndole que volverá a encontrarlo como humano. Desde entonces Renata le busca y cree hayarlo en la figura del Conde Heinrich, un personaje que no canta ni habla. Ruprecht está enamorado de Renata y está convencido de lo que ella le cuenta.

En esta propuesta queda claro que la protagonista es una desequilibrada mental que arrastra en su torbellino a quienes están con ella. Ella terminará en la hoguera, ajusticiada por las autoridades eclesiásticas azudadas por el pueblo. La versión de Bieito traslada la historia a la mitad del siglo pasado. La bicicleta de Renata, presente desde el inicio de la obra, arderá al final como

la pira a la que fue a parar la desdichada, convirtiendo al objeto en metáfora de la libertad de su niñez y adolescencia.

La escenografía (**Rebecca Ringst**) es una caja giratoria compartimentada, como una casa con varias habitaciones, a la que el estupendo diseño de iluminación (**Frank Evin**) potencia su belleza plástica, que gira y gira como la mente de cualquier ser humano. El vestuario (**Ingo Krügler**) es visualmente feo, aburrido, como podría ser en aquellos años en un país que acabada de pasar por una guerra catastrófica. El golpe visual es fuerte y fue acompañado de otro, el musical, de gran intensidad. Prokófiev no se anduvo con medias tintas y puso colores y líneas melódicas con carácter rayano en lo sobrenatural.

En el foso, **Gianandrea Noseda** interpretó la partitura con lirismo de alto voltaje, mientras que sobre el escenario la soprano lituana **Ausrine Stundyte** encarnó a Renata con una entrega escénica de primerísimo nivel que sumada a su portentoso poderío vocal conquistaron a la audiencia. El barítono **Leigh Melrose** estuvo a la altura de su colega y consiguió que Ruprecht mostrara diversas facetas: ternura, lujuria, locura. El tenor **Dmitry Golovnin** fue el perverso, Agrippa von Nettesheim/Mephistopheles con sus rutilantes agudos. De los personajes menores, todos en cantantes de muy buen nivel, destacaron positivamente el bajo **Pavel Daniluk** (El Inquisidor), las mezzosopranos **Liliana Nikiteanu** (la Casera) y **Agnieszka Rehlis** (Pitonisa/Abadesa). Al final de la representación hubo aplausos encendidos a todos los artistas.

por **Federico Figueroa**

### *Das Land des Lächelns* en Zúrich

Que el director de un teatro se tome la molestia de poner personalmente una opereta y, por primera vez, de la fama de *El país de las sonrisas*, es todo un acontecimiento. Famosa desde su estreno en 1929 por su protagonista, Richard Tauber, y su famosa aria del segundo acto, ha desaparecido prácticamente del repertorio de los grandes teatros salvo en los de habla germana —Austria, en particular—; y es una pena, porque la obra funciona muy bien y tiene música de calidad.

La fecha del estreno es sugestiva por demás, y el final, no exactamente feliz provocado por las diferencias de costumbres y tradiciones puede traer asociaciones actuales poco entusiasmantes. Sin embargo, **Andreas Homoki** ha optado, y bien, por una visión no en segundo o tercer grado, y ha aproximado el espectáculo al de un gran musical, básicamente divertido. Se han suprimido diálogos y algún personaje, pero ha sido un éxito, con sobrios decorados, vistosos trajes, en particular en los números del coro (que se lució también; en particular, las señoras), que fueron realmente rítmicos.

**Fabio Luisi** dirigió muy bien desde la obertura, aunque algo fuerte, pero sin causar estragos. Difícil hacerlo cuando, en su debut



Piotr Beczala y Julia Kleiter en *Das Land des Lächelns*  
Fotos: Toni Suter

escénico en la parte, está el más auténtico heredero de la tradición de los grandes protagonistas del difícil rol de Sou-Chong, **Piotr Beczala**. Pletórico, distendido, buen bailarín y actor, disparó agudos, cautivó con etéreas medias voces, una respiración a prueba de bombas que se esmeró en exhibir, y evidenció un centro y grave más poderosos que otras veces, todo por lo cual recibió ovaciones totalmente justificadas. **Julia Kleiter** es una buena Lisa: la voz se ha desarrollado aunque ha perdido algo de belleza, pero está cómoda en la parte.

**Rebeca Olvera**, en la parte de la hermana del príncipe chino, Mi, fue suficientemente simpática y cantó con gusto. **Spencer Lang**, como el conde Gustav von Pottenstein, puede tener carrera como tenor lírico, de momento ligero, y es un buen artista. **Cheyne Davidson** y **Martin Zysset** divirtieron con sus personajes “rígidos” de la corte imperial. El numerosísimo público salió muy satisfecho. ●

por **Jorge Binaghi**



Spencer Lang (Gustav von Pottenstein) y Rebeca Olvera (Mi)